

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
FRANCISCO DE
BORJA PAVÓN
I

ACADÉMICOS en el recuerdo 1

J. M. ESCOBAR
F. S. MÁRQUEZ
COORDINADORES



2017

ACADÉMICOS en el recuerdo

1



Coordinadores:
José Manuel Escobar Camacho
Francisco Solano Márquez

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

Colección Francisco de Borja Pavón

ACADÉMICOS en el recuerdo 1

Coordinadores:
José Manuel Escobar Camacho
Francisco Solano Márquez

**REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES
DE CORDOBA**

2017

ACADÉMICOS EN EL RECUERDO - 1
Colección *Francisco de Borja Pavón*

Coordinador científico:

José Manuel Escobar Camacho, académico numerario

Coordinador editorial:

Francisco Solano Márquez, académico correspondiente

Portada:

Retrato de don Francisco de Borja Pavón y López realizado por
Enrique Romero de Torres para el Ayuntamiento de Córdoba

© Real Academia de Córdoba

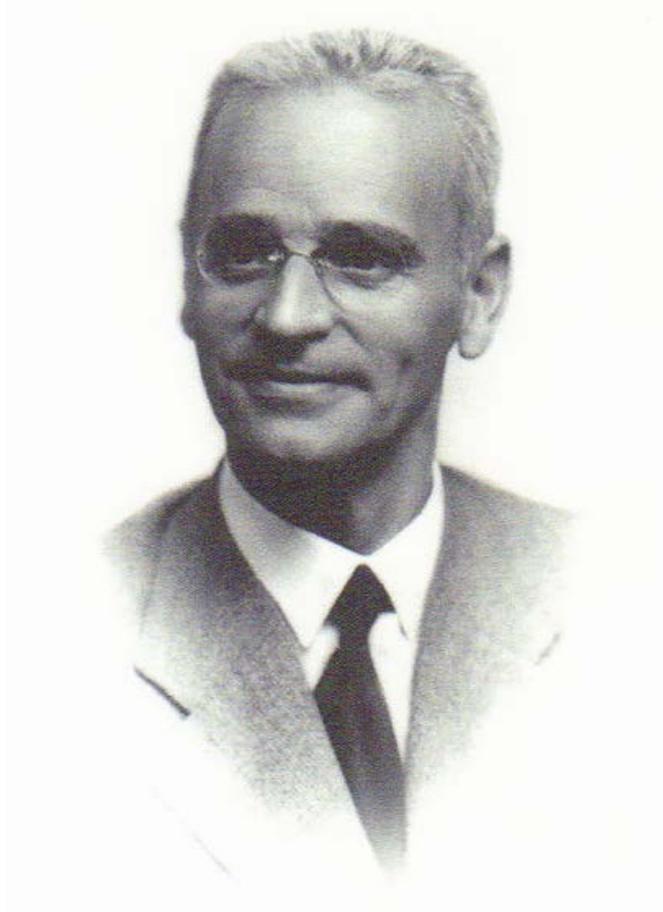
© Los Autores

ISBN: 978-84-948019-5-2

Dep. legal: CO 2.620-2017

Impreso en Litopress. edicioneslitopress.com – Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.



**DON JUAN CARANDELL Y PERICAY,
SU VIDA Y OBRA (1893-1937)**

por

JULIÁN GARCÍA GARCÍA
Académico Numerario

Antes de iniciar la redacción de este trabajo que se me encomienda no puedo por menos de mencionar la obra que publicamos hace diez años los doctores Antonio López Ontiveros, José Naranjo Ramírez y quien redacta estas líneas, obra documental que se aproximó a unas seiscientas páginas y que reunió los rasgos biográficos y científicos de don Juan Carandell y Pericay y todas sus publicaciones, que rebasan las trescientas obras entre libros, traducciones, artículos de prensa en revistas y especializadas y noticiario de la época.

Agradecimientos del autor

A esta obra, a la que nos referiremos en infinidad de ocasiones, hicimos mención para agradecer los organismos, personas y documentos que fueron puestos a nuestra disposición entonces: doña Irene Carandell Zurita, hija de don Juan Carandell y Pericay, por toda la documentación de su padre que, desinteresadamente, puso a nuestra disposición: correspondencia, documentos, publicaciones, libros, fotografías, etc.; don Antonio Zurita Lara, sobrino político de don Juan Carandell y exalcalde de Bujalance, por las fotografías e información aportadas a este trabajo, así como su grata hospitalidad; don Andrés Avelino André Gabián, inspector de Educación de Barcelona, quien nos gestionó los documentos que en el Archivo Histórico de aquella Universidad obraban sobre Juan Carandell; don Jesús Gaite Pastor, subdirector del Archivo Histórico Nacional, por remitirnos los documentos obrantes en el mismo (sección Universidades, legajo 5.395, expediente número 25) y además por el esfuerzo para hacerlo en las fechas en que necesitábamos tenerlos; don Joaquín Díaz Martín, jefe de sección del Archivo Central del C.I.D.E., del Ministerio de Educación y Cultura, y a doña María Luisa Trenado, funcionaria del mismo por facilitarnos la documentación correspondiente a Juan Carandell obrante en dicho archivo (legajo 2059-35, 5641-13, 18465 y 5545-5); don Antonio Olivares, director del Archivo Histórico de la Universi-

dad Complutense de Madrid (Pabellón de Gobierno) por el envío de la documentación a su cargo referente a Juan Carandell; don Pep Torner, coordinador del área de Cultura de l'Ayuntament de Figueras (Girona), por las fotocopias del libro, original de varios autores, *Homes de Ciència Empordanesos*; don Joan Ferreró Serra, secretario del Institut d'Ensenjament Secundari Ramón Muntaner de Figueras, por el envío de la partida de nacimiento y hoja de estudios de Juan Carandell; don Enrique Alcalá Ortiz, por las muchas noticias sobre Carandell que nos ha facilitado procedentes de la prensa cordobesa de la época; don Juan González Requena, por el envío de varias fotocopias del *Diario de Córdoba*; *La Voz*, diario gráfico de información; *La Voz*, diario republicano, y *Diario Liberal*; don Jaime Martínez Boloix, por el envío de dos artículos de Juan Carandell; don Nicolás Ortega Cantero, catedrático de Geografía Humana de la Universidad Autónoma de Madrid, por habernos proporcionado textos de muchos de los artículos publicados por Carandell en la Revista Peñalara: y también, finalmente, a todos aquéllos que de algún modo han contribuido a que la obra viese la luz.

Su etapa de formación

Pero Juan Carandell estudia y se forma, va adquiriendo una formación poco común. Desde la casa de huéspedes, donde provisionalmente se aloja al llegar a Madrid, va tres veces en semana a escuchar en el Museo Pedagógico Nacional de la calle Daoíz la palabra del señor Cosío en su cátedra de Pedagogía Superior, pero también pasaba todas las mañanas por la calle de Eloy Gonzalo para ir al Museo de Ciencias Naturales en el Hipódromo.

Los estudios de la facultad los va completando y en cuanto aprueba la última asignatura de la carrera realiza los tres ejercicios de que constan las pruebas para la obten-



Juan Carandell y Pericay, adolescente en Figueras.

ción del grado de licenciado en el que consigue la calificación de sobresaliente el 21 de junio de 1913. Actúa de secretario del tribunal su maestro don Lucas Fernández Navarro.

Solicita también una plaza para la Estación de Biología Marina de Santander durante los meses de julio, agosto y septiembre. En la instancia dirigida al presidente de la junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas manifiesta su deseo de poder continuar sus estudios especializándolos o ampliándolos. El 21 de mayo la junta acuerda concederle lo solicitado y se marcha a primeros de julio a Santander.

En 1914 aborda los estudios del doctorado, cuya tesis la dirige su maestro don Lucas Fernández Navarro, ya mencionado, que lleva por título “Las calizas cristalinas del Guadarrama”. Se matricula en las tres asignaturas preceptivas: Análisis Químico General, Psicología Experimental y Antropología, asignaturas que aprueba en el curso 1913 al 1914. También en el doctorado obtiene la calificación de sobresaliente y se le dispensa del acto de investidura del grado de doctor “salvando, dice, todos los respetos que el acto le merece”. A todo esto se une el que durante el curso 1914-15 será el encargado de los cursos prácticos de Mineralogía descriptiva y de Cristalografía en la Universidad Central con nombramiento firmado por el señor decano de la Facultad de Ciencias el 2 de octubre y al mismo tiempo sigue manteniendo su actividad de campo. Es este año de 1915 el que le lleva a conocer y a subir por primera vez a Sierra Nevada, acompañando nada menos que al profesor alemán Hugo Obermaier, miembro de la Real Academia de la Historia y catedrático de la Universidad Central durante veintidós años.

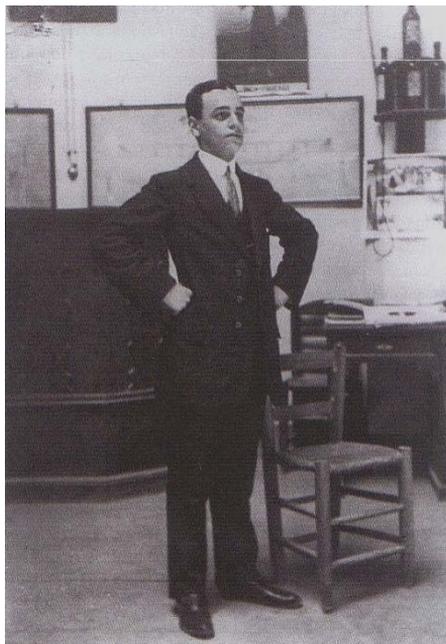
Oposiciones a catedrático de instituto

A la hora de escribir nos surgen varios interrogantes. ¿Cómo siendo catalán Juan Carandell arriba a Cabra, un pueblo de Córdoba, y allí permanece diez años de su vida docente, donde despliega una actividad portentosa en el plano de investigación con alumnos y personas interesadas en la geografía y geología de las Sierras Subbéticas? Por fin, y tras varios intentos de marcharse al extranjero, universidades de Ginebra, Lausana o Grenoble, alegando “poseer con la expedición suficiente la lengua francesa, además de conocer bastante la alemana”, es en mayo de 1917 cuando va a dar el paso definitivo: firma las oposiciones, turno libre, para las cátedras de Historia Natural y Fisiología

e Higiene de los institutos de Cabra, Cartagena y Las Palmas; son, pues, tres plazas para los veinticinco opositores que las firman. Vale la pena extenderse con detalle en la marcha de esta oposición que es la que –de manera determinante– condicionará, marcará en lo sucesivo la vida de Carandell.

De los veinticinco opositores firmantes de la oposición, acuden nueve al acto de presentación celebrado el día 10 de febrero de 1917, de los cuales uno se retira en el primer ejercicio y dos en el segundo, llegando seis a la votación final para las tres plazas convocadas. La oposición se realiza toda ella en la sala de juntas del Museo de Ciencias Naturales, a excepción del ejercicio segundo que lo hace en el Instituto Cardenal Cisneros.

Son en total cinco ejercicios, si bien algunos constan de varias partes. El primero, escrito, para el que los opositores disponen de cuatro horas, consiste en desarrollar dos temas sacados a suerte entre los 182 de que consta el programa oficial, confeccionado por el tribunal y publicado sólo ocho días antes del comienzo de la oposición: 53 temas de Mineralogía y Geología, 40 de Botánica, 47 de Zoología, 22 de Fisiología y 20 de Higiene. El segundo ejercicio es oral y consiste en desarrollar cinco temas sacados a suerte entre los 182 del cuestionario oficial. El tribunal acuerda que el tercer ejercicio conste de tres partes: a) reconocimiento “de visu” de treinta ejemplares de los tres reinos de la naturaleza elegidos por el tribunal; b) reconocimiento de tres ejemplares elegidos por el tribunal (sólo decir lo que son), tres horas; c) se plantean dos casos prácticos y hay que hacer el que sale a suerte, en este caso, una preparación micrográfica de estomas de distintas plantas, tres horas. El cuarto ejercicio es “la encerrona” del cuestionario presentado por el opositor: se sacan a suerte tres bolas, se elige el tema preferido y tras cuatro horas encerrado se desarrolla oralmente por el



Juan Carandell, opositor en 1917 a la cátedra de Historia Natural, Fisiología e Higiene del Instituto de Cabra.

opositor. Finalmente el quinto ejercicio consiste en la defensa oral del programa propio del opositor y del método adoptado por él para su desarrollo. Aquí pueden hacer los miembros del tribunal cuantas observaciones estimen pertinentes. Con este ejercicio y el examen de los méritos, trabajos y memoria de investigación, termina la oposición.

Los afortunados opositores que logran salir triunfantes son Jose María Susaeta y Ocho de Echagüen, con el número uno, quien elige la plaza de Cartagena; Juan Carandell y Pericay, con el número dos, quien elige la plaza de Cabra, y Gustavo Nieto y Valls, con el número tres, para la plaza de Las Palmas. Unas oposiciones duras donde las haya, para las que se requería una preparación previa fundamental, puesto que el programa es confeccionado por cada tribunal y se hace público sólo ocho o diez días antes del comienzo de las pruebas. S.M. el Rey Alfonso XIII aprueba el expediente de las oposiciones y los opositores toman posesión de sus cátedras, previos los trámites administrativos pertinentes. Don Juan Carandell toma posesión de su cátedra el 25 de mayo de 1917 con el sueldo anual de 3.500 pesetas.

Traslado a Cabra y boda

A la vista, pues, de obtener Carandell el número dos, está claro que para él será la cátedra de Cabra: en Madrid ha conocido a una joven menudita, pero muy guapa, dos años menor que él y, por tanto, de veintiún años, alumna de la Institución Libre de Enseñanza, a donde sus padres la han enviado desde Bujalance para que estudie, para que se forme, para que al menos adquiera una formación, cultura adecuada y allí va a estudiar música y pintura, materias llamadas “de adorno” en algunos colegios al no ser obligatorio su estudio. Acaba el curso 1916 a 1917 y Silveria vuelve a Bujalance. En la carta de don Antonio Zurita a su futuro consuegro, don Gregorio Carandell, de 15 de junio le dice: “Pronto nos volveremos a ver, creo que será la próxima semana. Es preciso traer a esa criatura a nosotros para concluir su educación casera y –cosa muy natural– gozar un poco de su compañía. Para todos los de esta casa es Silveria y algo extraordinario y excepcional; los mayores cariños de padres y hermanos son para ella”.

Autorizado por la subsecretaría del Ministerio Carandell ya ha tomado posesión de su cátedra de Cabra en el Instituto San Isidro de Madrid el 25 de mayo de 1917 y se dispone a impartir sus clases en el Instituto de Cabra en el curso 1917-1918. A lo largo de este curso irán haciendo los preparativos de su boda y serán frecuentes las idas y ve-

nidas de Carandell a Bujalance hasta contraer matrimonio el 7 de febrero del 1918, como leemos en el *Diario de Córdoba*, el 9 en que el cronista, Antonio Arévalo, con el título “Boda Carandell-Zurita” dedica dos columnas enteras al acontecimiento. Es la única constancia que tenemos del casamiento, ya que el archivo de la parroquia de San Francisco de Bujalance, donde se casan, ardió durante la Guerra Civil; tampoco en el archivo del Obispado hay constancia del matrimonio, porque en su día no enviaron el expediente desde la parroquia de Bujalance. Sí sabemos también que regresan del viaje de novios a finales de marzo o primeros de abril, como leemos en *La Opinión*. Un largo viaje de novios de dos meses.



Juan Carandell y Silveria Zurita, recién casados, en la ermita de Nuestro Padre Jesús Nazareno de Bujalance.

Ya casados van a todas partes juntos y especialmente son frecuentes sus idas y venidas a Bujalance, a casa de los padres de Silveria, y también a Madrid, donde –no hay que olvidarlo– siguen viviendo, en el número 20 de Rodríguez Sampedro, don Gregorio y su tía Elvira. Estos desplazamientos se producen lógicamente las más de las veces coincidiendo con el comienzo y fin de las vacaciones, tanto estivales como de Navidad y Semana Santa. Frecuentan igualmente las salidas al campo y a la Sierra de Cabra, bien solos o acompañados por alumnos o profesores. *La Opinión* de Cabra se hace eco de estas idas y venidas en su álbum de 23 de junio, por ejemplo: “Escribimos estas líneas henchidos de satisfacción por los magníficos ejemplares de plantas recogidos, que contribuirán, como preciado tesoro a enriquecer los herbarios del Museo Nacional de Ciencias Naturales” (5-5-1918).

También de junio de 1917 es la dedicatoria que Juan Carandell estampa en la portada de uno de los trabajos del Museo, del que es autor en colaboración con Hugo Obermaier: “Los glaciares cuaternarios de la Sierra de Guadarrama”. Es una dedicatoria solemne, trascendente, a Silveria Zurita: “Que sea –dice– esta dedicatoria, la última estampa, a ti, Silveria, como prometida mía, que en fecha próxima tu nombre, escrito de mi puño y letra, impreso muy cerca del mío, sea el borde de

oro de los trabajos que a tu lado y amparo, dejo a la luz del mundo”. Y entre paréntesis, “A Silveria Zurita, Juan Carandell. Junio de 1917”.

Ya es catedrático y se permite escribir artículos en colaboración con las personalidades más señeras de su época de geología y geografía, con el ya mencionado Hugo Obermaier, Eduardo Hernández-Pacheco y Lucas Fernández Navarro, con quienes Carandell mantuvo toda su vida una especial relación de amistad e intercambio de ideas y proyectos.



De izquierda a derecha, los profesores Eduardo Hernández-Pacheco, Lucas Fernández Navarro y Hugo Obermaier, con quienes Carandell mantuvo una especial relación de amistad e intercambio de ideas y proyectos. (Foto reproducida de la revista *Peñalara*, número 51, marzo de 1918).

Llegan los hijos

En 1920 va Juan Carandell a ser padre: Silveria da a luz el 24 de junio, día de San Juan, un niño, y por tanto se llamará Juanito por su padre y por el día en que nace. Carandell escribe a su padre: “Excuso decirte la alegría que rebosa aquí todo el mundo: están locos con el Carandelillo haciéndose elogios de la buena cruz entre catalán y andaluza... Cuando queráis ya podéis preparar la maleta y venir...”.

El 13 de mayo del 1923 otro agradable acontecimiento irrumpe en la familia Carandell: su esposa da a luz en Bujalance a una niña; se llamará Irene, como Irene Pericay Martínez, su abuela paterna. Don Gregorio Carandell, a la sazón en Barcelona, se desplaza inmediatamente para conocer a su nieta y toda la familia acoge a la recién nacida con la alegría y el cariño correspondientes. Juan y Silveria pasarán en Bujalance todo el tiempo que les sea posible y a veces Carandell estará solo en Cabra para cumplir sus obligaciones de catedrático.

Ya antes del parto, su compañero y amigo, catedrático de Francés, don Eduardo del Palacio y Fontán, escribe a Carandell desde Madrid

en abril deseándole que la cosa vaya bien: “Hago, hacemos, mejor dicho, Luisa y yo, votos porque salga, y, mejor, haya salido pronto y bien de dicho trance su Sra., a quien tendrá V. a bien transmitir nuestro saludo”. Y las felicitaciones no se hacen esperar. Cinco días después la de su maestro, don Lucas Fernández Navarro: “Ante todo enhorabuena por el fausto suceso, si como creemos y deseamos vivamente todos los de casa ha llegado con felicidad. Ya me dirá lo que hay”. Y tres días después el mismo don Lucas: “Enhorabuena por la felicidad del suceso familiar”. También le felicita Constancio Bernaldo de Quirós, del Instituto de Reformas Sociales, sección Agrosocial: “Recibo con mucha complacencia la noticia del nacimiento de su nuevo hijo y le felicito a V., así como a la madre, a quien le ruego que salude en mi nombre”.

Juan Carandell y Silveria con los dos pequeños, junto con su padre y tía Elvira, pasan los veranos en Rota, mientras que don Antonio Zurita y su familia veranean en Cercedilla. No era entonces frecuente veranear las familias en la playa o la Sierra, pero no hemos de olvidar que se trata de dos familias con posibilidades holgadas para hacerlo.



Juan Carandell y su esposa Silveria Zurita.

La obra de Carandell

Es elocuente el párrafo que inserta en *La Opinión* de Cabra de 20 de febrero de 1921: “Sería suficiente prueba de mi afecto a Cabra –dice–, pero no de relumbrón, mi actuación en servicio de la cultura en conferencias, lecciones y trabajos que, en crecido número, vengo efectuando desde que pisé esta tierra”. A él se debe, por ejemplo, el que el instituto de bachillerato se empezara a denominar como “nuestro primer centro docente” y con su nombre propio, Instituto de Aguilar y Eslava, aprobado por unanimidad en el claustro de 21 de octubre y refrendado por el ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes en 1921.



Claustro del Instituto de Cabra en el curso 1921-22. En la fila de abajo, sentados, el segundo por la derecha es don Juan Carandell y Pericay, catedrático de Historia Natural, Fisiología e Higiene.

A Juan Carandell le cae pequeña Cabra y le preocupa su formación. En consecuencia, solicita un apoyo de la junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Le es denegado y sigue haciendo gestiones y realizando todo tipo de actividades que no comprendemos cómo podía llevarlas a cabo desde Cabra, simultaneándolo todo con su cátedra y, lógicamente, con su vida familiar, que también le requería su tiempo. También se escribe con los responsables del Instituto Geológico de España con el fin de ir preparando los trabajos del XIV Congreso Geológico Internacional.

Por parte de la Editorial Labor se le propone además que siga traduciendo la *Allgemeine Geologie* o Geología General, volúmenes IV y V de la editorial Tenbner por indicación de su amigo y compañero Vicente Inglada Ors, teniente coronel de Estado Mayor, profesor de la Escuela Superior de Guerra e ingeniero jefe de la Estación Sismológica de Toledo.

Con fecha 10 de febrero de 1926 se publica en *El Popular* de Cabra su artículo titulado “El Museo de Historia Natural del Instituto Aguilar y Eslava”, al mismo tiempo que manifiesta acabar de ser honrado por la junta organizadora del XIV Congreso Geológico Internacional con permiso oficial para permanecer en Madrid colaborando en los trabajos preparativos del mismo.



Autoridades, congresistas y romeros en el patio del santuario de la Virgen de la Sierra de Cabra el 15 de mayo de 1926. Delante en el centro, sentado en el suelo y de oscuro, don Juan Carandell.

Pero entre tan gran actividad, tantos preparativos del congreso, un acontecimiento inesperado le viene a sacudir en lo más profundo de su alma: su padre, don Gregorio Carandell y Salinas, muere el 3 de abril de 1926, casi a las puertas del congreso, y publica apenado: “Mi oración a la muerte de mi padre”, dos posesivos muy elocuentes y tremendamente sentidos. “Pero es el hijo el que escribe estos renglones. Harto hace con profanar acaso la memoria del hombre que fue en todo momento la expresión más pura de la modestia, sin él saberlo y tremendamente sentida, de este tema. Nada para mí, todo para todos”.

No cabe extenderse en más actividades y hemos de hacer la clasificación de sus publicaciones. Las dividimos en su día en dieciséis grupos o apartados: 1, Geología y Geografía generales; 2, Geología y Geomorfología españolas (excepto Andalucía y Sistema Central); 3, Sistema Central; 4, Cataluña; 5, Geología y Geomorfología andaluzas (excepto provincia de Córdoba); 6, Geografía humana andaluza (excepto provincia de Córdoba); 7, Aspectos físicos de la provincia de Córdoba; 8, Geografía humana de la provincia de Córdoba; 9, Excursiones y viajes; 10, Representaciones gráficas; 11, Divulgación naturalista; 12, Traducciones; 13, Notas sobre congresos y otros aspectos científicos; 14, Instituciones docentes y problemas de la enseñanza; 15, Literatura y arte, y 16, Asuntos varios.



Don Juan Carandell y Salinas, padre de Juan Carandell.

Clasificación cronológica, con número de publicaciones anuales: en 1914, 4; 1915, 2; 1916, 2; 1917, 3; 1918, 3; 1919, 5; 1920, 4; 1921, 12; 1922, 9; 1923, 11; 1924, 19; 1925, 19; 1926, 25; 1927, 33; 1928, 30; 1929, 13; 1930, 33; 1931, 11; 1932, 0; 1933, 3; 1934, 20; 1935, 19; 1936, 6; 1937, un artículo póstumo; y 1942, un artículo a título póstumo; 1994, un artículo a título póstumo. Sin fechar, 15 artículos a título póstumo. No mencionamos los títulos de los trabajos publicados por años, cosa que nos llevaría muy lejos y rebasaría todos los planes previstos. La anterior relación nos permite ver los altibajos y la entrega a la investigación según las circunstancias.

Ingreso en la Real Academia de Córdoba

El 30 de abril de 1930 tiene lugar su ingreso como numerario en la Sección de Ciencias de la Real Academia de Córdoba, sustituyendo en el sillón a don Antonio Moreno Ruiz, catedrático ilustre de la Escuela de Veterinaria, fallecido en 1925. Su discurso de ingreso versó, cómo no, sobre “Andalucía: ensayo geográfico” y al recipiendario respondió don Antonio Gil Muñiz, profesor de la Escuela Normal de Maestros de Córdoba, quien en una prosa fluida y elegante cantó las virtudes y

las cualidades de Carandell. En el segundo párrafo de su intervención se expresaba así:

Decir el nombre de Juan Carandell en ámbitos de nuestra provincia y fuera de ellos en los más refinados círculos intelectuales de nuestra patria es tanto como decir actividad portentosa del espíritu, curiosidad infatigable, talento recio, espíritu matizado con las más firmes mimbres del saber, inquietud por los más altos anhelos y por las más nobles aspiraciones.

Tanto la prensa de Córdoba como *El Popular* y *La Opinión* de Cabra se hicieron eco del acto, y su amigo y paisano Pascual Santacruz se permitió dar un consejo a Carandell:

Almorzar en Montserrat el lunes, estudiar el martes la petrología de los Pirineos y dar clase de Biología en Córdoba el miércoles, después de haber salvado en vertiginosa carrera centenares de kilómetros y desafiado expuestas temperaturas, es peligroso, y pudiera ser funesto para un hombre delicado físicamente como don Juan Carandell. Yo no sé lo que él pensará sobre esto, pero estoy seguro de que la bella dama cordobesa, que es su digna compañera y la madre de sus hijos, piensa como yo. ¡Adelante con las exploraciones y los análisis mineralógicos y botánicos! ¡Paso a la Biología, a la Geografía y a la Paleontología, pero “primum vivere”!

No le venía mal a Carandell tal consejo precisamente en uno de los años más ajetreados de su vida profesional e investigadora, año en que saldrán de su pluma una treintena de publicaciones sobre los más variados temas y muchos días de viaje por España y el extranjero. No es, pues, de extrañar, que su máquina, su resistencia física, se sintiera afectada y que al mes siguiente cayera enfermo. No volvió a recuperarse e incluso hubo algún año en que el número de publicaciones fuera cero, como el 1932.

Adiós a Cabra

Pero volvamos atrás: Juan Carandell ha conseguido por concurso de traslados destino en el Instituto General y Técnico de Córdoba. Se va a marchar de Cabra, de su Instituto Aguilar y Eslava, en el que cesa el 31 de mayo de 1927. Aquí todos sienten enormemente su marcha: el pueblo, sus alumnos sus compañeros y el Ayuntamiento, que acuerda por unanimidad el jueves 13 de octubre que “conste en acta el sen-

timiento de esta Corporación por el traslado voluntario del docto catedrático D. Juan Carandell Pericay de nuestro instituto al de Córdoba, comunicarlo así al gran educador y felicitar al mismo tiempo al claustro del instituto de la capital por adquisición tan valiosa”.

En el Instituto, en la apertura oficial del curso 1927-28 que tuvo lugar el 1 de octubre, el secretario, su compañero don Jaime Gálvez Muñoz lee la memoria del curso anterior y entre los traslados consigna el de Carandell. Al lamentar la pérdida que supone para el centro su traslado, resume magistralmente su paso por Cabra:

En el claustro, compañero excelente; en el aula, maestro modelo; en la ciencia, una sobresaliente figura; en el trabajo, una actividad prodigiosa; en la invención, un surtidor de ideas; en la vida, una protesta enérgica y continua contra todo aquello que no fuese educar, instruir, civilizar, engrandecer, moralizar... progresar, en una palabra, con aquella virtud tan suya del cotidiano trabajo. Hablar de la meritísima labor que deja hecha en este instituto equivaldría casi a reseñar su vida diaria. En ligera síntesis, citaré las múltiples excursiones que bajo su dirección se efectuaron, sus obras escritas con temas egabrenses, las numerosas conferencias que dio dentro y fuera de este recinto, la visita de los congresistas del XIV Congreso Geológico Internacional y, para no cansar, el enriquecimiento del gabinete de Historia Natural, digno en su actual estado de una facultad de ciencias.

Juan Carandell también se quiere despedir del pueblo, “de sus numerosos amigos y alumnos que deja en Cabra”, y así, va a la redacción de *El Popular* para decirles adiós y para que lo digan en las columnas del semanario, como leemos en el número correspondiente al 25 de mayo. Sin embargo, Carandell se va el 24 de mayo a Bujalance sin decir nada en el instituto, molesto quizá por no habersele organizado una despedida en consonancia con los diez años que lleva en Cabra y lo que él ha hecho por el centro, Cabra y su Sierra. En consecuencia, el director, don Manuel González-Meneses le escribe al día siguiente una carta en la que le manifiesta su sorpresa por haberse marchado de esa forma: “He buscado las causas que haya podido moverlo para colocarse en esa actitud despectiva y, por conjeturas primero e informes después, sé ya que se encuentra usted molesto con nosotros en general y conmigo en particular por la supuesta fría despedida que se le ha hecho”. El director se justifica: “No ha habido tiempo de organizar nada, y menos en estos días de agobio de trabajo... que no

se ha reunido el claustro todavía...”. Después de elogiar todo lo que ha hecho Carandell por este centro concluye: “Es preciso que usted deponga esa actitud en que se ha colocado y venga a comer con nosotros en el banquete de fin de curso, al cual este año se le dará el carácter de despedida al catedrático cumbre que se nos marchó”.

Al dejar Cabra, Juan Carandell habla de su sucesor en la cátedra de Historia Natural, como también elogiara en su día la labor de sus antecesores. Cuando en 1926 dedica aquellos cuatro artículos al Museo, dice: “Dediquemos un recuerdo a los compañeros que tuve por antecesores, a todos... Y por ser más recientes, consignemos los nombres de Juan Bautista Aguilar y Cano, hoy catedrático en el Instituto de Cuenca y campeón de fecundísima labor, y Ángel Corrales, que profesa en el Instituto de Ciudad Real”.

Ahora ya en Córdoba, dedica todo un artículo a su sucesor en Cabra, don Victoriano Rivera y Gallo, de raíces cordobesas y precedido de un amplio historial académico y profesional, a quien presenta y da la enhorabuena por venir a su provincia después de pasar por Cádiz y Huesca.

Carandell en Córdoba

No esperaba Carandell marcharse a Córdoba. Era más factible la hipótesis de un salto a Madrid, oficial o extraoficialmente, que un desplazamiento a Córdoba. Pero el fallecimiento de don Diego Jordano, el catedrático de Historia Natural de Córdoba, todavía joven, propició su traslado. Todo cuanto la prensa de Córdoba y de la provincia dicen en alabanza de Juan Carandell, él lo ofrece “a la memoria de mi antecesor, don Diego Jordano, a la ejecutoria de otro antecesor que por fortuna vive y a quien algún reconocimiento debe la actual generación cordobesa: Eduardo Hernández-Pacheco, catedrático de la Universidad de Madrid y maestro mío. Y a la memoria de mi padre”. Vemos, pues, cómo Carandell no escatima frases de elogio tanto a sus antecesores como a sus sucesores en la cátedra, lo que, lógicamente, le honra en gran medida.

Con su marcha a Córdoba se van a ir distanciando sus subidas a la Sierra de Cabra. Vale la pena, sin embargo, señalar las numerosas excursiones que durante sus años en Cabra llevó a cabo al Picacho; aunque no todas, muchas quedaron consignadas en el álbum de la ermita de 1913 a 1923 y el siguiente, de 1923 en adelante. “He venido solo con objeto de sacar paisajes, pero el frío y el viento han cortado

mi labor al poco de empezar. Regreso por la Sima. La Sierra de Cabra nevada... nevada y magnífica”. Ocho años después vuelve son sus alumnos a la Sierra de Cabra. “He vuelto a comulgar con este prodigio de la naturaleza, integrándome, cual insignificante partícula, al inmenso paisaje que sintetiza a Andalucía, resumen de España. Es la mejor prueba del cariño que profeso a esta tierra de Cabra y a su Instituto” (25-10-1928). Seis o siete años después, Juan Carandell dedica una cariñosa fotografía al Instituto de Cabra.

Problemas de salud

Sigue lo de las enfermedades. Es elocuente enumerar la cantidad de personas que se interesan por su salud. Su compañero y amigo Juan Novella le escribe desde Sevilla el 14 de diciembre de 1931: “He estado enterado de su salud y no creo que haya visto a nadie de Córdoba a quien no haya preguntado por usted, pero no había querido escribirle si ello le preocupaba, ya que algunos me habían dicho que había mucho de neurastenia en su dolencia”. Todavía el 28 de diciembre del 33, el ingeniero jefe de Obras Públicas de Granada le escribe: “En visitas recientes a Córdoba traté de verlo y me dijeron que estaba usted enfermo y me disuadieron de la visita”.

El mismo Carandell, cuando en marzo del 31 habla de los beneficios del pantano del Guadalquivir, reconoce estar enfermo, y al hablar de los acuíferos que abastecen de agua a Madrid dice: “No tengo datos numéricos ahora mismo por más que los busco, recluso forzosamente, arrestado por una enfermedad”. Este mismo mes recibe Carandell carta de Mariano Zabala desde Madrid adjuntándole unas fotos de Guadalquivir. Pues bien, en la posdata, y a mano, dice: “Tanto el Sr. Lara como yo, antiguos discípulos suyos de Cristalografía de Ciencias Naturales ¿se acuerda Usted? le deseamos una rápida mejoría en su salud”. Estos dos alumnos suyos le vienen a recordar al cabo de dieciséis años.

Parece ser que, de tanta actividad, le pudo sobrevenir un desequilibrio psicosomático producido por alguna infección de estómago, ya que el doctor J. Jimena Fernández le manda un estricto plan de comidas y en el régimen leemos prescrito: Neurosis. Hiperclorhidria. Estamos hablando del 28 de noviembre de 1931.

En el expediente personal de la Facultad de Veterinaria, en su toma de posesión, leemos: “No habiendo ejercitado el derecho de sufragio en las últimas elecciones celebradas en esta capital por encontrarse

enfermo, según certificado facultativo que exhibe, expedido por el médico de esta capital Don Manuel Salinas Valero...”.

La credencial de su nombramiento y toma de posesión la firma don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, como director de la Escuela, y don Germán Saldaña Sicilia, como secretario. Los nombramientos se le irán prorrogando en años sucesivos y en los ceses figura Carandell con fecha de 9 de octubre de 1938, cuando ya hacía un año de su fallecimiento.

Don Gabriel Martín Cardoso, del laboratorio de Mineralogía y Cristalografía de la Universidad Central, le escribe: “Siga siendo optimista, no piense en su enfermedad, que ya está vencida...”. Y Francisco Hernández-Pacheco, hijo de don Eduardo, catedrático de Geografía Física de la Universidad Central, le dice: “Veo que esa salud marcha y que me salí con la mía cuando charlábamos en casa de tu tía. Te pondrás completamente bueno y veremos muchas cosas que, con el cambio y lo aprendido en este lance, comenzarás a hacer de un modo más sosegado y sin quemarte en la propia llama. Hay que tomar la vida con un poco más de filosofía”. Y Luis Muñoz Cobo, amigo, compañero y director del instituto de Málaga, le escribe: “Me alegro cordialísimamente de que su estado de salud haya pasado el Rubicón en el que lo encontré cuando nos vimos últimamente en Córdoba”.

Su propia tía Elvira le da consejos desde Madrid, velando siempre por su salud. Así, el 2 de marzo del 34, le escribe en una tarjeta postal: “Si las piernas aún están flojas no andes mucho. Y la escalera, todo lo menos que puedas”. Lógicamente, si en la avenida de Canalejas, 2, o en la plaza de Colón, 1, que es lo mismo, Carandell tenía en la planta baja la farmacia y en la primera, su vivienda. Es de suponer que estaría el día entero subiendo y bajando. Muy mal debía estar para que con 41 años su tía le aconsejara no gastar fuerzas.

El director del Instituto de Geología Aplicada de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Nancy, el día 11 de enero también le escribe apenado al saber de su enfermedad y le desea un pronto restablecimiento: “Votre aimable lettre m’a vivement peiné; je suis désolé d’ap`prendre que vous avez été souffrant ey que la maladí fut assez grave pour vos empéder de faine d la Géologie. Puisque c’est la saison des voeux, permettez-moi de vous exprimer mes souhaits les plus vifs per un complet et prompt rétablissement”.

En carta del 20 de febrero, su antiguo profesor don Eduardo Hernández-Pacheco le dice: “Por su carta veo que ha vencido la enfermedad, pero calma todavía, que le quedan aún muchos años por

delante y no hay que precipitarse”. Pero las noticias de su mejoría se corren y ahora se inclinan por darle saludables consejos para su pronta recuperación. Y así, el profesor de Geografía de la Escuela Normal de Madrid le dice le 21 de febrero: “Querido Juanito, ahora a consolidar esos grandes progresos en tu salud y a acabar de barrer del cerebro esas pequeñas briznas de pesimismo perjudicial que aún quedan. Yo tenía una fe ciega, una fe absoluta en tu restablecimiento total. El tiempo me va dando la razón”.

Entre los que se interesan por su salud está ¡cómo no! su compañero y amigo Orestes Cendrero, catedrático en Santander. “Ante todo, le dice, celebro que ya estás mejor de ánimo psíquico, aunque el cuerpo siga fatigado. ¿Probaste los baños de sol? Creo que dan magníficos resultados en casos análogos”. Carandell sigue soñando con sus tiempos de Madrid y, enfermo todavía, se deja influir por la larga carta de su amigo Joaquín Gómez de Larena. Todavía tiene alientos para decirle a Carandell: “A veces sueño con que un día nos encontremos todos en este Madrid constituyendo un firme haz de amigos y colegas dedicados por entero a poner el nombre español a la altura de los otros”.

Correspondiente de la Academia de Ciencias

En 1935 va Juan Carandell a pertenecer como correspondiente en Córdoba a la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, en la sección de Naturales. El primero que le escribe en ese sentido es Eduardo Hernández-Pacheco, pero quien realmente inicia las gestiones pertinentes y quien propone a Carandell es Sampelayo: “Propuse a Usted como académico correspondiente con la alegría bien lógica, por otra parte, de que su nombre fuese aceptado inmediatamente” (carta del 25 de enero). Un día le ha escrito Hernández-Pacheco: “Hoy se ha planteado en la sesión de la Academia, sección de Naturales, la cuestión de los corresponsales nacionales... Y como no están todas las vacantes cubiertas, he cogido la cuestión al vuelo y propuesto que debían nombrarse algunos correspondientes de Geología, de cuya disciplina hay pocos. Se ha acordado que uno de ellos sea Usted. Su propuesta la firmaron conmigo Novo y Sampelayo. Me enseñó Sampelayo una carta de Usted relacionada con esto y ya ve que me hice cargo enseguida”.

José Royo, del Museo Nacional de Ciencias Naturales, le escribe el 1 de febrero: “Puedo decirte que Don Ignacio sintió mucho que hicie-

ras a Sampelayo la indicación de lo de académico correspondiente de la de Ciencias y, en cuanto aquél se lo dijo, le faltó tiempo para proponerte”.

Por fin, Juan Carandell, algo recuperadas las fuerzas, se entrega de nuevo a sus tareas docentes e investigadoras. Es ya un hombre famoso, conocido en todas partes, y se relaciona constantemente con el mundo científico e intelectual y de la calle de su época. Ello llevaría a provocar ciertas inyectivas provenientes de algún sector de las izquierdas más radicales: el periódico republicano de Córdoba *Ágora*, en la sección de “Rumores”, llegó a decir el 19 de octubre de 1935: “¿Esta cátedra? Del Sr. Carandell. ¿Esta farmacia? Del Sr. Carandell. ¿Esta auxiliaría? Del Sr. Carandell. ¿Este libro? Del Sr. Carandell. Oiga, amigo, diga que “too” lo que abarca la vista es del Sr. Carandell y quedo “enterao”.

Venían a atacar a quien, con su único esfuerzo personal, había conseguido la cátedra, la farmacia, la plaza de auxiliar interino en la Escuela de Veterinaria y, claro, los libros que escribió, y a mayor abundamiento lo hacían contra quien siempre se consideró –paradojas de la vida– “de izquierdas y republicano”. “Mi ideal es el republicano”, proclamaba el 20 de febrero de 1930, cuando en las páginas del *Noticiero Sevillano* se ocupaba del “eterno problema de las izquierdas españolas”.

Es precisamente en el año que nos ocupa, 1935, cuando dedica una foto de estudio al Instituto de Aguilar y Eslava de Cabra: “Recuerdo –dice– de mis mejores años de profesorado”.

Deterioro físico y fallecimiento

En el año 1936 va a iniciar un lento pero progresivo deterioro físico y, como consecuencia, una progresiva disminución en su actividad,



Fotografía de estudio de don Juan Carandell con dedicatoria al Instituto de Cabra.

hasta el punto de que de la veintena o treintena de publicaciones anuales, este año van a ser solo media docena las que salgan de su pluma y que, de las cerca de sesenta cartas, ahora la cosa queda reducida a unas veinticinco.

Pero lo que realmente cambió su vida y la de su familia fue el alzamiento nacional, el levantamiento militar, que se produce el 18 de julio de 1936. Carandell ha ido a Madrid con don Antonio Zurita, su suegro, quien vuelve a Córdoba sin problemas el 18 por la noche y a Carandell, tras intentarlo en el tren de la mañana siguiente, le es imposible regresar: prácticamente se ha declarado el estado de sitio o estado de guerra, se han quedado bloqueadas todas las comunicaciones y no puede volver a Córdoba. Se hace en Madrid con un volante o salvoconducto, lo que le permite trasladarse a Figueras. El documento le es expedido por el subsecretario del ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes: “El portador de este volante, don Juan Carandell Pericay, es catedrático de Córdoba. Desea trasladarse a Figueras, por lo que se ruega a autoridades y milicias tengan por suficientemente justificada su personalidad en el sentido expresado”.

Juan Carandell, en consecuencia, se marcha a tierras catalanas: se refugió con unos parientes en el pequeño pueblo Begur, cerca de su ciudad natal; de allí eran sus primas Irene, Ramona y Gracieta, que tanto cariño tenían a su tía Elvira, a su “volguda” tía. Después se trasladará a Pals, en donde fallece en la calle Ingeniero Algarra, 21, el día 30 de septiembre de 1937, a las dieciocho horas, a causa de hemotisis tubercular. Fallece a los 44 años de edad. Mucho se ha especulado sobre su muerte: el tiempo que Juan Carandell pasó por aquellas tierras, siempre tomando notas, fotografías y medidas, daba que pensar. Algunos creían que podía ser un anarquista huido y refugiado en tierras catalanas; otros afirmaron que el deceso se produjo por la explosión de una bomba, a consecuencia de la cual le vino un derrame cerebral y murió. También se habló del autor de la bomba, un tal Vilela o Vilella, que sería el causante de su prematura desaparición. Su entrañable amigo Robert Aitken, miembro de la Real Sociedad Geográfica de Londres y profesor en Brighton, le da la noticia de su fallecimiento a Silveria Zurita, su esposa, mediante dos telegramas: “Juan gravísimo” y horas más tarde “Juan ha muerto”. No le quiso dar la noticia de una vez.

El profesor Lluís Solé i Sabarís afirma que el motivo de ir a Madrid fue “en cumplimiento de obligaciones paternas, esperando la llegada del resto de la familia para ir a pasar el verano a la Costa Brava cata-

lana”. Su hija Irene dice que va a Madrid a ver a su tía Elvira, la que lo crio con su padre, que vive en la calle Rodríguez Sampedro (Argüelles) a cuestión de unas traducciones en alemán y unas ediciones de trabajos suyos”. “Precisamente –continúa Irene– el 18 de julio por la noche saldríamos mi madre y los dos hijos para la Costa Brava a conocer su tierra. Teníamos 16 y 13 años, edad perfecta para ello. Él se uniría con nosotros en Alcázar. Aquel viaje nunca se hizo realidad”. Pau Vila dice que “va a su tierra en cura de reposo durante las vacaciones”... “habiem sabut que el meritissim geograf es trobava a la seva comarca nativa en cura de repos...”.

Los testimonios de condolencia se suceden. En primer lugar, el *Diario de Córdoba* de 6 de octubre: “Sentimos mucho la muerte del Sr. Carandell y enviamos a su desconsolada esposa, doña Silveria Zurita, a su padre político, nuestro entrañable amigo y colaborador don Antonio Zurita y demás familia, el testimonio de nuestra condolencia por tan irreparable pérdida”. En la sesión del sábado 20 de noviembre también se hace constar “el pesar del pleno de la Real Academia acordándose consignar en acta el profundo sentimiento de la Corporación por la muerte de nuestro compañero académico don Juan Carandell Paricay, no ha muchas semanas en un pueblo de Cataluña”.

Igualmente, la prensa egabrense se ocupa también de la muerte de Carandell. *El Popular* del 13 de octubre le dedica un amplio artículo que firma El Bachiller Egabrense titulado “Una pérdida irreparable para la ciencia española”. “Don Juan Carandell y Pericay, buen profesor y mejor hombre de ciencia, a punto de escapar de la zona roja, ha muerto en Pals, joven aún, 44 años, cuando tanto podría esperarse de su dinamismo, de su entusiasmo y de su talento”. También *La Opinión* inserta la necrológica de Carandell el 17 de octubre y, tras evocar sus innumerables méritos, concluye: “A su desconsolada esposa, doña Silveria Zurita Romero, hijos Juan e Irene, padre político don Antonio Zurita Vera y demás familiares, les enviamos la expresión de nuestro dolor”.

Desde su llegada a Cataluña hasta su fallecimiento transcurren aproximadamente un año y tres meses, tiempo en el que no estuvo inactivo y que dedicó con una actividad asombrosa a estudiar el Bajo Ampurdán, obra digna salida de su pluma que estamos conociendo y disfrutando tantos años después. Quien escribe estas líneas recibió este facsímil hace pocos días dedicado cordialmente por su nieto, que sigue manteniendo su nombre y primer apellido, el gerente en la Dipu-

tación de Córdoba don Juan Carandell Mifsut. Vale la pena hablar un poco del trabajo mencionado, *El Bajo Ampurdán*.



De izquierda a derecha, Fernando y Juan Carandell Mifsut, su prima María del Carmen Lasarte Carandell, Esther Carandell Mifsut y Julián García García, autor de este trabajo.

Publicación póstuma de *El Bajo Ampurdán*

Se realizó entre los años 1936 y 1938. En el año 2007, el Ayuntamiento de Pals tuvo conocimiento de la figura de Juan Carandell y Pericay a través del catedrático de Geología de la Universidad de Oviedo don Jaume Truyols, el señor Josep Junqué y miembros del Círculo Catalán de Historia, entre otros, quienes entregaron al alcalde de Pals, don Joan Silvestre Albertí, un ejemplar del mencionado libro. Pero fue la concejala del Ayuntamiento de Pals quien se desplazó a Córdoba a proponer la edición del libro, propuesta que fue plenamente aceptada por la Diputación de Córdoba: “No podía negarme”, decía el diputado de Cultura, señor Mariscal. “Era como si el destino me trajese la oportunidad de devolver parte del amor, del esfuerzo que Juan Carandell derramó entre nosotros durante su estancia en Cabra y Córdoba”, y así Córdoba da a la imprenta en su colección de “Textos

recuperados” este trabajo del Bajo Ampurdán, en colaboración con el Ayuntamiento de Pals.

El Bajo Ampurdán que ahora tiene en sus manos quien escribe estas líneas está prologado por el catedrático de Geología de la Universidad de Oviedo, quien al referirse a Carandell, afirma:

Este ampurdanés instalado en Madrid y más tarde en Andalucía llegaría a ser una figura importante entre las promociones de científicos de la escuela madrileña de aquellos momentos. A partir de entonces, su vida como docente y científico se centró en el estudio de la tierra andaluza, donde su figura adquirió un prestigio extraordinario, que se extendió más allá del ámbito estrictamente local. Sus numerosas publicaciones, de carácter puramente geológico unas, de tipo geográfico otras, muestran una evidente integración personal de Carandell en esta tierra, aumentada pronto por su enlace con la heredera de una importante familia cordobesa.

El entonces catedrático de Granada Lluís Solé i Sabarís escribió una semblanza sobre su persona en 1941 en la presentación de su obra en el Congreso Geológico. No vaciló en clasificarlo como “geólogo y geógrafo andaluz”, calificación que no obstante no podía excluir su gran estima sobre el Ampurdán, la tierra donde había nacido y donde había desarrollado su atracción por la naturaleza. Él mismo ignoraba que el destino le reservaba un retorno definitivo a su tierra catalana, a Pals, donde descansan sus restos para siempre.

APÉNDICE

**Escenas de la vida familiar de los Carandell
según su nieta Esther**

Fuera de contexto incluimos como apéndice unas páginas sobre la vida familiar de Juan y Silveria, referidos a la acogida en Cabra de los participantes en un congreso internacional de Geología, y al posterior traslado a Córdoba para residir en la nueva vivienda familiar de Plaza de Colón, 1, frente a la Puerta de Osario, una casa con dos pisos y un total de 400 metros cuadrados que pronto se llenó de risas infantiles, de colecciones de minerales y de herbarios, de libros y partituras de piano. El texto, reproducido en facsímil a partir de la página siguiente, pertenece a un libro de recuerdos familiares escrito por Esther Carandell Mifsut, en base a testimonios de su abuela Silveria.

-Que no nen, que no, que yo no deixo mi casa, que yo no me voy a molestar a casa de nadie.-respondía cabezona la anciana.

Y allí quedó en Madrid, tía Elvira, trayendo una necesidad más para viajar hasta Madrid en ocasiones más seguidas.

El XIV Congreso Internacional de Geología, con la sombra del fallecimiento de don Gregorio, fue todo un éxito.

La visita de los “sabios” a Cabra y a sus Sierras, al Picacho, el acontecimiento de la temporada, de lustros y décadas después en el pueblo.

El viernes 14 de Mayo, el balcón del Ayuntamiento de la localidad, engalanado con las banderas de los doce países participantes además de la Española: Inglaterra, Francia, Checoslovaquia, Noruega, Estados Unidos, Finlandia, Rumanía, Alemania, Escocia, Holanda, Hungría y Cuba.

Las recepciones en la Casa Consistorial, la visita al Museo de Ciencias del Instituto Aguilar y Eslava, el ágape en el Patio Acristalado del mismo centro, las conferencias en la Biblioteca y el paseo por el pueblo de Cabra que terminaba la primera jornada de la excursión, daba la oportunidad a Silveria de mostrarse como la perfecta anfitriona. Ella acompañaba a las esposas que de algunos de los científicos habían venido al congreso, les explicaba en un perfecto francés e inglés cualquiera de las curiosidades y de las costumbres del pueblo, tanto culinarias como artesanales, que a las damas llamaran su atención.

La actividad programada para el siguiente día era la visita, ese sábado 15, día de San Isidro, a la Virgen de la Sierra. En Los Lanchares los borriquillos esperaban

preparados para subir, por el camino del Santuario, a los ilustres jinetes que rodeados de romeros iniciaban divertidos su andadura.

La visita científica, tras la magnífica exposición de Juan de sus trabajos sobre las Sierras Béticas y sobre sus conclusiones de aquel paraje como Centro Geográfico de Andalucía, de sus gestiones y visitas, junto con su amigo y profesor don Eduardo Hernández-Pacheco para que el lugar fuera nombrado, por la Comisión Técnica pertinente, Sitio Natural de Interés Nacional y el descubrimiento de una placa conmemorativa con los nombres cincelados en mármol, tanto de los científicos asistentes como el de sus países de procedencia, el Picacho se convirtió en una auténtica Romería.

Los romeros que habían subido y que eran todo el pueblo tenían allí la casa de la Cofradía de la Virgen de la Sierra, Y de allí comenzaron a sacar viandas y productos típicos de la comarca regados con fino de Montilla y de Moriles que junto con algún vino dulce, hacían las delicias de los congresistas y de las señoras.

Los "sabios" maravillados con el jamón y la caña de lomo, el salmorejo y la tortilla de patatas, las ensaladas y los tomates aliñados de las huertas de Cabra y los flamenquines de serrano y lomo que se servían.

-¿Qué ser esto mister Carandell?-preguntaba un congresista escocés junto al grupo estadounidense en inglés, señalando el trozo del pequeño rollo de carne empanado con jamón serrano dentro.

-Se llama flamenquín y es muy típico de Córdoba.-contestó Silveria sacando a su marido del aprieto culinario.

Entre explicaciones gastronómicas sobre el salmorejo y la tortilla de patatas y las contemplaciones del magnífico

paisaje, mientras terminaba la comida en el Picacho, en el patio de la Cofradía donde los romeros sacaron las guitarras y comenzaron a tocar, a cantar y a bailar coplas populares y flamencas que hicieron las delicias de las delegaciones extranjeras que a pesar de la fría mañana de aquel Mayo Cordobés y a mas de 1200 metros de altura entraron en calor entre palmas y oles.

El Torcal de Antequera sería la siguiente parada para los excursionistas. Tras el final de esta excursión y mientras el congreso continuaba en tierras granadinas, Silveria y Juan partieron para Madrid, donde Juan junto a Obermaier, mostrarían la Sierra de Guadarrama como colofón al congreso.

-¡Que bien está saliendo todo!-comentaba Juan con Silveria durante el viaje en tren a Madrid.

-La verdad es que si,-respondía Silveria.-Lo hemos pasado estupendamente en el Picacho y los congresistas se fueron la mar de divertidos. ¡Con lo serio que parecía tu colega inglés y mira como se arrancó a bailar con aquella romera!

-Yo no me lo podía ni creer.-reían los dos recordando anécdotas de la visita.

* * *

El nuevo año de 1927 traería más de una sorpresa: Juan obtendría un nuevo destino, por concurso de traslados, a la Cátedra de Ciencias Naturales del Instituto de Córdoba, con lo que tanto él como Silveria veían que se facilitaban los desplazamientos a Madrid; y el Lyceum Club Femenino sería objeto de las críticas más incendiarias por parte de los sectores conservadores del país y de la Iglesia.

El Instituto donde fue trasladado Juan, estaba situado en la esquina de la Calle Claudio Marcelo con la Plaza de las Tendillas, en el centro de Córdoba capital.

Silveria y Juan buscaron una vivienda que se adaptara a sus necesidades, no muy lejos del Instituto y cercana a la estación del ferrocarril. La ciudad comenzaba a desplazarse hacia aquella zona de avenidas amplias y modernos edificios, para ir abandonando las callejuelas estrechas de la judería y el casco antiguo.

En la esquina de la plaza de Colón con la Avenida de Canalejas, en el N° 2 de ésta, frente al Campo de la Merced, en un edificio de nueva construcción, al que apenas le faltaban algunos detalles de terminación, con dos plantas de viviendas, planta de azotea con trasteros, planta baja para locales comerciales y vivienda para los porteros; Silveria y Juan trasladaron su domicilio.

-Es precioso y mira la luz que tiene.-comentaba feliz Silveria mientras visitaba la vivienda con Juan y con don Antonio.

-Y la calefacción central es magnífica,- comentaba Juan parándose a mirar detenidamente, los modernos radiadores de hierro fundido que se distribuían por toda la vivienda.

-¿Pero os quedareis con los dos pisos o sólo con uno?- preguntaba don Antonio que veía la ocasión de tener habitación en la capital.

-¡Con los dos!-contestaron al unísono la pareja mientras se miraban divertidos por la coincidencia de la expresión.

Los dos pisos se unieron por las dos salas de estar. Eliminando el tabique medianero, en su lugar se colocó una separación de madera y cristal esmerilado con una puerta de acceso de una a otra vivienda.

En el piso exterior, algo mas pequeño que el interior y que Silveria y Juan habían decidido que sería para ellos su apartamento, y al que se accedía por la puerta derecha del rellano de la escalera, se eliminó el primer dormitorio para dejar un amplio recibidor, amueblado con un amplio tresillo de terciopelo verde y brazos de madera tallada, con mesa de café a juego; un amplio perchero con bastonera, sombrerera y espejo que Silveria colocó a la derecha de la puerta de entrada de la pared que formaba ángulo recto con la puerta del despacho de Juan; el arcón tallado de madera de castaño, bajo la ventana de la izquierda con el velón de bronce dorado de Lucena sobre él y una estantería de media altura sobre la que se colocó el teléfono y su guía de números.

A continuación del recibidor, la galería daba acceso a los dos dormitorios de la derecha: el de invitados y el de Juan y Silveria; el amplio cuarto de baño a la izquierda seguido de la pequeña cocina en la que ellos podían prepararse el té y la merienda, sin necesidad de tener que pedírsela al servicio y en la que a Silveria le parecía jugar a las casitas; al fondo, la puerta con la que terminaba la galería, y allí el salón del piano, cuya esquina, opuesta a la puerta de acceso, se hacía semicircular y se abría al amplio balcón curvo desde el que se veía el campo de la Merced a la izquierda y toda la avenida de Canalejas a la derecha.

-Aquí en esta esquina pondré mi gabinete con la correspondencia,-explicaba Silveria ilusionada a Juan.- allí el tresillo de flores, el pequeñito, con la mesa camilla nuestra, junto al balcón redondo; aquí en el centro la mesa grande del comedor y en aquella pared la vitrina de la cristalería.

-Como a ti más te guste.-contestaba Juan al que le gustaba ver tan alegre a Silveria.

-Y el piano aquí, en este testero de la izquierda y junto a él, la estantería de las partituras.-terminaba Silveria de decorar mentalmente el salón para ellos.

En cada uno de los dormitorios, Silveria mandó poner, tras la puerta, un pequeño lavamanos, con una pequeña zona de azulejo blanco para proteger la pared de las salpicaduras del agua y donde mandó colgar un espejo sobre él.

Por la puerta de la divisoria de madera y cristal que unía los dos pisos, se pasaba a la sala de estar donde se reunían toda la familia y que daba salida al pequeño vestíbulo que salía al rellano de la escalera por la puerta de la izquierda de esta y al pasillo del piso interior

Con la unión de aquellos dos pisos, la casa se convirtió en una confortable vivienda de 400 metros cuadrados que se llenó de risas infantiles, de colecciones de minerales y de herbarios, de libros y de notas de piano.

Tía Elvira les enviaba, puntualmente una vez a la semana, los diarios de Madrid que no llegaban a Córdoba y a partir de la segunda quincena de julio les mandó cuatro números consecutivos de la publicación del órgano oficial de la Archicofradía del Inmaculado Corazón de María y del comité ejecutivo de la Obra de la Buena Prensa.

-Juan,-comenzó a hablar Silveria con su marido sin perder ojo de una de las revistas que tía Elvira le había remitido desde Madrid.-¿tú has visto lo que dice "Iris de Paz" sobre el Lyceum y sobre nosotras?

-Tú sabes que yo esas revistas religiosas no las leo,-contestaba Juan enfrascado en la lectura de otro de los periódicos que acababa de llegar,-a ver, cuéntame qué dice el clero.

-¿Qué qué dice?-contestó Silveria airada.-¿Qué las señoras del Club somos "liceómanas"!;que deberían internarnos como locas o criminales!; que somos señoras sin virtud y sin piedad!- entresacaba frases de aquellos textos, cada vez más indignada Silveria.

-No puede ser cierto,-comentaba sorprendido y a la vez divertido Juan que bajó su periódico sobre el regazo.

-¿Qué si lo es? vaya si lo es,-le enseñaba Silveria el artículo a Juan.- y a mi no me hace ni pizca de gracia, con que... ¡yo no sé de qué te ríes!

-Es que realmente me parece...no sé, si cómico o ridículo.-explicaba Juan su risa ante los acontecimientos leídos.-¿tanto miedo os tienen los curas como para publicar esto?

-Yo ya sabía algo por la correspondencia con doña María, con alguna de mis compañeras que me lo habían contado y por la carta que me dio el Párroco de Capuchinos, de la circular que remitieron a la Unión de Damas Españolas.-seguía narrando, con la cólera en aumento, Silveria.

-De eso no me comentaste nada ¿ha pasado algo más?-preguntaba curioso y cada vez más divertido Juan.

-Claro que sí, pero no te rías.-se enfadaba Silveria ante la mofa de su marido.-y no te dije nada por que al principio pensé que pronto terminaría, que no llegarían tan lejos.

*-Que no me río por el Lyceum, que no es por vosotras,-
repetía Juan- que es por esta gente de Iglesia que no
tendrán otra cosa mejor que hacer que arremeter contra
una reunión de mujeres. Anda sigue, sigue contando.*

*Silveria siguió narrando todas y cada una de las acciones
disuasorias, y poco efectivas, que desde la congregación
de las Hijas de María se realizaron para apartar a las
mujeres de aquel antro de pecado.*

*-Si hasta el mismísimo director espiritual ha pedido que se
devuelvan la medalla de la congregación si no nos damos
de baja en el Lyceum.-contaba Silveria que comenzaba a
reírse ante las carcajadas de su marido.*

*-No puede ser verdad todo lo que me estás contando.-
decía Juan incrédulo y riéndose con la anécdota de la
medalla.*

*-Tú no te preocupes que vosotros los maridos también
cogéis rasca.-le indicaba Silveria a Juan.*

*-¿Yo también me voy a condenar?-preguntaba Juan con
sorna.*

*-Escucha lo que escribe este tal Lorven que, según tengo
entendido, es el seudónimo de un sacerdote,-continuó ella
que entresacaba párrafos y líneas de los textos.-“El
Lyceum es la verdadera calamidad para el hogar y
enemigo natural de la familia y en primer lugar del
marido, cuya autoridad se invoca para poner coto a tantos
males”.*

*-Ya se sabe, Silveria: la mujer en la casa con la pata
quebrada.-apuntaba Juan sentencioso.-¿Qué más dice?
Porque me parece inaudito.*

*-¿Qué va a decir? Una cantidad de impropiedades
increíbles, desde que nuestros hijos son unos
desgraciados, a que somos una amenaza para la fe y la
sociedad, pasando por lo que te dije que tenían que*

recluirnos...lo que quieras.-cerraba con gran enfado, las páginas de aquellas revistas Silveria.

-¡Y todo por ser una asociación laica!-concluía Juan.

-Por ser laica, no. Es por que somos mujeres y no podemos salir del ámbito doméstico, mucho menos pensar y cambiar con ello, todas sus estructuras.-rebatía ella el argumento de Juan.-Aunque pensándolo bien, ¡también están los políticos de uno u otro signo que no quieren oír hablar de los derechos femeninos!

-Algún día todo esto tendrá que cambiar, quizás nosotros no lo veamos pero nuestras hijas... y sobre todo nuestras nietas, seguro que si.-vaticinaba Juan.

Silveria nunca tuvo muy claras las intenciones de tía Elvira con aquel envío y la señorita de Maueztu decidió denunciar ante los tribunales las difamaciones de aquella publicación, con la representación ante ellos de la abogada y antigua residente Victoria Kent.

La vida continuaba su curso: Juan estrenaba su nueva Cátedra y continuaba con los estudios de geología; Silveria con los niños, la correspondencia con sus amigas y las colaboraciones que hacía en las traducciones de Juan y los dos con el nuevo e ilusionante proyecto de la apertura de la farmacia, su farmacia.

Esta se abrió en los bajos del edificio a donde se trasladaron a vivir, en el N° 1 de la plaza de Colón.

El Diario Liberal del 13 de enero anunciaba en sus páginas: "Próxima apertura Farmacia Carandell -Plaza Colón, 1 (Frente a la Puerta de Osario) Droguería.

La refrenda que del acto, se hacía eco el Diario de Córdoba de la mañana del 20 de enero de 1928, llenaba de orgullo a Juan y a Silveria.

El presente libro es el volumen inaugural de la colección *Francisco de Borja Pavón*, dedicada al recuerdo de nuestros académicos fallecidos a lo largo de los más de doscientos años de existencia de la Real Academia de Córdoba desde su fundación en 1810. Recoge diez biografías de académicos que vivieron en diferentes momentos de la misma, dispuestas por orden cronológico. Uno nace en el siglo XVIII, siete en el siglo XIX y dos en el XX. De ellos, tan solo dos mueren en la década decimonónica, seis en el siglo XX y dos en los primeros años del actual.

Tras una presentación a cargo de nuestro Director, José Cosano Moyano, y un prólogo de los coordinadores, comienza el libro con la figura del fundador de la Real Academia de Córdoba, Manuel María de Arjona y Cubas (1771-1820), escrito por Antonio Cruz Casado, y sigue con las semblanzas de Francisco de Borja Pavón y López (1814-1904), por José Manuel Escobar Camacho; Luis Maraver y Alfaro (1815-1886), por Manuel Peláez del Rosal; Ricardo de Montis y Romero (1871-1941), por Rosa Luque Reyes; Manuel Enríquez Barrios (1877-1956), por Juan Díez García; José María Rey Díaz (1891-1963), por Manuel Toribio García; Rafael Castejón y Martínez de Arizala (1893-1986), por Enrique Aguilar Gavilán; Juan Carandell y Pericay (1893-1937), por Julián García García; María Teresa García Moreno (1910-2003), por Juan Miguel Moreno Calderón, y José María Ortiz Juárez (1915-2001), por Manuel Gahete Jurado.

Son diez de los muchos "académicos en el recuerdo" que esmaltan la bicentennial trayectoria de la institución cultural más antigua de Córdoba, a los que seguirán, en próximos libros de la colección, otros muchos con biografías ejemplares que merecen ser recobradas como reconocimiento y ejemplo. Se trata en fin de una colección "dedicada a reactualizar la vida, obra y proyección social de nuestros académicos ya desaparecidos", como escribe en la presentación nuestro Director.

